

METODO, SENTIDO Y ALCANCE DE LA INVESTIGACION METAFISICA EN M. HEIDEGGER Y EN SANTO TOMAS (*)

II

Valor ontológico de la inteligencia.

9. — Todo el esfuerzo filosófico de Santo Tomás se dirige a penetrar y develar el *ser* de las cosas y del hombre y, por él, alcanzar el *Ser* de Dios.

Ya dijimos que aparentemente Heidegger dice lo mismo. Sin embargo, hay una diferencia radical en el camino en que se coloca la investigación de uno y otro y, consiguientemente, en el término a que aquélla realmente conduce.

En Santo Tomás la inteligencia no está dejada de lado y, si bien está determinada a obrar de acuerdo a la limitación de su propio ser y a las condiciones materiales de su ejercicio, está salvaguardada en todos sus derechos y en todo su alcance ontológico y empleada de acuerdo a las exigencias de su propia esencia, como el único medio legítimo para alcanzar el plano inmaterial, en que se descubre y aprehende el *ser*.

El valor de la inteligencia no puede ser demostrado sin una flagrante petición de principio: sin suponer ese valor, ya que éste sería demostrado por la misma inteligencia. Pero a la vez el valor de la inteligencia, añade Sto. Tomás (12), no puede ser negado ni puesto en duda ni, por eso mismo, necesita demostración; ya que todo intento de negarlo o ponerlo en duda se apoyaría en dicho valor. En efecto, la inteligencia ni siquiera puede formular una negación y una duda sin sostenerla en el *ser* trascendente, como en su término objetivo, y en el principio de contradicción, que le da sentido de negación o de duda. Sin este *ser* y este principio ningún juicio de la inteligencia conserva sentido siquiera, y la actividad mental misma se hace imposible y se diluye en lo impensable. Siempre que formulamos un juicio: que afirmamos o negamos o dudamos, afirmamos o negamos o dudamos de *algo* de un *ob-iectum* o *ser*

(*) Ver la primera parte de este trabajo: SAPIENTIA, N° 36, págs. 91-108,

(12) In *Metaphysicam*, L. IV, n. 343.

trascendente o distinto al propio acto; estamos dando un sentido de identidad —*juicio afirmativo*— o de negación de identidad —*juicio negativo*— o de no ver si hay identidad o no identidad —*juicio dudoso*—, con lo cual estamos afirmando el principio de contradicción y el valor objetivo trascendente de la propia inteligencia. Si cuando dudo de algo, pudiese dudar en verdad del principio de contradicción o del valor de la inteligencia, *ipso facto* se derrumbaría mi duda, pues desde este momento dudar y no dudar sería lo mismo, cosa que tampoco y ni siquiera puedo formular sin aquel principio. Como un cuerpo organizado al que se le quita la columna vertebral se deshace como tal, así también se derrumba y se diluye en el caos el pensamiento sin principio de contradicción y sin un ser trascendente en que se funda.

Por lo demás, la inteligencia no puede negar o poner en duda su capacidad de aprehender el ser trascendente, sin referirse a él y aprehenderlo, consiguientemente, de alguna manera, siquiera sea para negarlo; con lo cual su esfuerzo, por negarlo o ponerlo en duda, resulta imposible, porque *contradictorio*.

De este modo Santo Tomás deja asegurado el único instrumento con que poder llegar a aprehender el ser y realizar la Metafísica, y que no es otro que el de la inteligencia. En efecto, ya hemos visto antes (Nº 5) que, fuera de la inteligencia, el hombre no posee otro medio de llegar y aprehender el ser formalmente tal.

Las limitaciones del conocimiento intelectual humano, de la esencia abstracta y genérica de las cosas materiales, impuestas por las condiciones materiales de su existencia espiritual en unión substancial con la materia.

10. — Frente a la realidad concreta, exterior e interior, intuitivamente dada en la experiencia sensible desde su aspecto accidental o fenoménico, la inteligencia penetra hasta la *esencia*, *de-velando* así el ser constitutivo de la realidad. Los sentidos perciben la realidad o el ser existente concreto; la inteligencia, en cambio, cala y llega hasta *lo que* la realidad es, hasta *de-velar* aquello *por lo que* la realidad es *lo que es*, tal realidad: el ser desde su *esencia*.

Inversamente, mientras los sentidos perciben la realidad en su riqueza individual existente, la inteligencia no logra penetrar y *de-velar* su esencia sino a costa de sus notas individuantes existenciales. Es un hecho de conciencia que nuestra inteligencia no aprehende las esencias sino *abstracta* y *universalmente*. La esencia individual, lo que la realidad es en su ser individual concreto, escapa a su aprehensión directa y queda siempre velado en su misterio ontológico intransferible.

Más aún, de la esencia específica de la cosa la inteligencia empieza por aprehender sus notas más universales, y únicamente en nuevos actos, cada vez más penetrantes, va descendiendo y descubriendo sucesivamente las diferencias genéricas más próximas a la realidad individual, sin alcanzar nunca la última diferencia, exclusiva de ésta. Más todavía, si exceptuamos la esencia del propio hombre, nuestra inteligencia ni siquiera llega a conocer ninguna esencia por su diferencia última específica. Esta deficiencia de aprehensión intelectual de la esencia por su inteligibilidad específica hace necesario al hombre el conocimiento sensible para aprehender por sus manifestaciones exteriores materiales tal esencia, y más todavía para aprehender su individualidad concreta.

La organización del estudio de estos caracteres sensibles como manifestación fenoménica de la realidad esencial, da origen a las ciencias inductivas o empíricas, que vienen así a suplir, con sus conocimientos generalizados de los datos empíricos, la visión de la esencia inteligible, velada a la aprehensión directa de la inteligencia.

Esta doble limitación de la inteligencia en la aprehensión del ser individual: la de no aprehender la esencia existente individual y la de no aprehender siquiera la específica, que es un hecho de conciencia, encuentra una fundamentación metafísica en la doctrina aristotélico-tomista de la *materia*. En efecto, la materia, el principio por el cual las cosas materiales son tales, es un principio de limitación, una potencia o *no-ser del ser*; "no es la esencia, ni la cualidad, ni la cantidad ni cosa alguna con la cual se determina el ente", dice Aristóteles ⁽¹³⁾; es un puro *no-ser* o *no-acto real* en el seno del ser. Por eso, la materia no añade ninguna determinación o nota específica a la esencia; simplemente recibe y coarta la forma y las notas específicas, que ésta implica y trae consigo como acto esencial. La forma, y el principio determinante de la especie por ella dado, puede multiplicarse una y otra vez sin ser modificado en sus notas constitutivas, gracias a la materia que la individualiza ⁽¹⁴⁾.

Ahora bien, la materia no puede ser directamente aprehensible por la inteligencia, por carecer de determinación o acto. Sólo lo es indirectamente, como limitación o *no-ser* de la forma. De ahí que la inteligencia humana en los seres materiales directamente sólo aprehenda la forma, el principio determinante de la esencia con sus notas constitutivas, *abstracta* de las notas materiales. Y como la materia es principio de individuación, y únicamente lo individual puede existir como tal ⁽¹⁵⁾, síguese que la inteligencia directa-

(13) *Met.*, VII, 3, 1029 a 20.

(14) ARISTOTELES, *Met.*, V, 6, 1016 b 32; y SANTO TOMAS, In L. c., lect. 8, N° 876; In *Boët. de Trin.*, 4, 2 ad 4; *S. Th.*, III, 77, 2.

(15) El universal *a parte rei* es contradictorio, pues, sería uno y múltiple a la vez en el mismo orden de la realidad existente.

mente sólo aprehende la esencia universal o abstracta de las notas individuales y de la existencia concreta.

Por otra parte, la inteligencia humana no es inteligencia de una substancia espiritual completa, sino de un alma espiritual unida substancialmente a la materia, con la cual constituye el compuesto humano, principio del conocimiento sensible. Esta unión substancial del alma espiritual con la materia hace que aquélla no logre ponerse en contacto con su objeto formal, el ser en sí, por intuición de las realidades entera o puramente inmateriales, espirituales, sino sólo mediante la intuición sensible y, por ende, comenzando por los seres materiales, únicos inmediatamente dados, a esta intuición. Esta condición material del hombre es quien impone a su inteligencia de un alma o substancia espiritual incompleta unida al cuerpo, esta carga de sometimiento al *ser material* para alcanzar y *descubrir* en él su objeto formal propio: el ser. Pero, como el ser material, así inmediatamente alcanzado a través de la experiencia sensible, en su realidad existente concreta no es inteligible en acto a causa de su principio material —directamente inasible en sí mismo por la inteligencia, por eso— que sumerge en su potencia al acto esencial o forma, la inteligencia no puede captar directamente este ser singular y sólo lo aprehende después de abstraer su forma o acto inteligible de su materia, es decir, como *esencia abstracta* o universal.

Esta limitación hace imposible una visión del ser en el plano individual concreto y, consiguientemente, una metafísica intuitiva de lo existencial, que sólo es posible en un plano enteramente inmaterial, por abstracción de la materia de los datos empíricos.

11. — Por eso, la pretensión de Heidegger de aprehender intuitivamente lo singular concreto como *ser* o acto, es imposible; porque si es aprehensión del *ser*, es aprehensión del *acto* o de lo *inmaterial* del ser material y sólo es aprehensible, como tal, por el conocimiento conceptual espiritual; y si es intuitivo del ser material concreto, no puede ser aprehensión del *ser* formalmente tal, ya que el *ser* y todo lo que de *ser* hay en la realidad, como tal es *inmaterial*. No se puede hacer, pues, Filosofía inmediata o intuitiva de lo singular ⁽¹⁶⁾.

De aquí que lo singular concreto material —como es también el hombre— no pueda ser aprehendido como *ser*, sino sólo indirectamente, dice S. Tomás ajustándose a un análisis de gran penetración psicológica: por integración de la *esencia abstracta*, captada en el concepto, en su *realidad existente concreta* en el *juicio*. Recién cuando la inteligencia devuelve las

(16) Cf. OCTAVIO NICOLAS DERISI, *Tratado de Existencialismo y Tomismo*, c. X, nº 5.

notas esenciales inteligibles a la realidad existente concreta, de donde fueron tomadas por abstracción, y siempre desde esta *esencia*, la inteligencia ilumina y aprehende de este modo inteligible, bien que indirectamente, como de soslayo, el mundo de la realidad individual concreta (17).

El intento ontológico imposible de Heidegger de aprehender directa o intuitivamente, por vía no intelectual, el *ser* de la existencia propia, lo ha llevado a suprimir la *realidad esencial* —objeto formal directo de la inteligencia— y a tratar como objeto de esta intuición los objetos que realmente sólo lo son de la intuición sensible —los objetos tales cuales se aprehenden, suprimida la inteligencia— y a tomar como *ser*, como realidad constitutiva de esta realidad existente concreta, y objeto de la Metafísica, lo que realmente es *manifestación y devenir fenoménico* de ese *ser* y objeto de los sentidos y de las ciencias empíricas. Con este trastrueque de objetos no sólo ha reducido la realidad existente concreta, privándola de su verdadera esencia —objeto de la inteligencia— sino que la ha *deformado* positivamente al buscar el *ser* en esa realidad así disminuída y deshecha ontológicamente; y lo más grave es que lo realiza contradictoriamente con la misma inteligencia, convirtiendo y tratando como *ser* o *esencia* lo que realmente no lo es, sino sólo su efecto y *manifestación accidental* empírica. En una palabra, ha instalado la Metafísica en un plano donde es imposible alcanzar y descubrir su objeto: el *ser* o *esencia* constitutiva, que por su mismo concepto de *acto* perfeccionante es enteramente *inmaterial* aun en las cosas materiales, y sólo *de-velable* al conocimiento espiritual de la inteligencia; y ha tomado como *ser* lo que sólo es su *manifestación fenoménica*, su *aparecer*.

En cambio, S. Tomás, reconociendo y sometiéndose fielmente a la condición humana de la inteligencia, ha sabido llegar hasta ese plano ontológico por el camino arduo y penoso —y hasta humillante— de la *abstracción* de las notas materiales, a partir de los datos de la intuición sensible, hasta descubrir así el *acto esencial* o *forma* constitutiva del *ser*, su *esencia*, siquiera desde sus notas más genéricas o universales, para luego penetrar y captar también inteligiblemente la realidad individual del *ser* existente concreto, bien que sólo de un modo indirecto, desde aquella *esencia* integrada en éste, en el juicio.

(17) *S. Theol.*, I, 84, 7.



MÉTODO, SENTIDO Y ALCANCE DE LA INVESTIGACIÓN...

El ser, enteramente inmaterial, objeto de la Metafísica, es aprehensible exclusivamente por la vía espiritual del conocimiento de la inteligencia.

12. Santo Tomás no se queda, pues, en el plano empírico de lo individual concreto, como Heidegger, en el cual no es posible alcanzar el *ser* formalmente tal ni realizar, consiguientemente, una investigación metafísica; sino que en el mismo *ser* real, concretamente dado pero oculto a la experiencia, penetra, mediante la abstracción de las notas materiales, hasta el plano más profundo, inmaterial, del *ser* como tal, para descubrir la *esencia* constitutiva del mismo y desde ella alcanzar inteligiblemente, bien que de un modo indirecto y por retorno a la intuición empírica, la misma *existencia* concreta.

Centrada la inteligencia en su objeto formal propio, la *esencia* de las cosas materiales, desde ella la inteligencia no sólo se apodera de la *existencia real* de las mismas en el juicio, del modo expuesto, sino que por un nuevo esfuerzo de abstracción, llega a despojar al *ser* de toda materia —sensible e inteligible o cuantitativa— a reducirlo al *ser en cuanto ser*, y logra de este modo ubicarse en un plano estrictamente metafísico. En efecto, lo que da sentido e inteligibilidad a una realidad es su *ser* o, más precisamente aún, es su *esencia*, sus notas constitutivas que provienen de su acto esencial o forma. Lo que impide la inteligibilidad de ésta es lo que en ella *no es*, que proviene de la materia, la cual no incluye nota alguna determinante y es pura indeterminación, limitación: pura potencia, y que, por eso, en cuanto tal, no es directamente inteligible ni aprehensible por la inteligencia.

De aquí también que la inteligencia encarnada del hombre para ponerse en contacto con el objeto de la Metafísica, el *ser en cuanto ser*, a partir del *ser* material —el *ser* inmediatamente dado a través de su intuición sensitiva— haya de someterlo a un proceso de *inmaterialización* total del mismo —que es lo mismo que de abstracción de la materia individual, sensible e inteligible— para lograr así y, por eso mismo, su total *inteligibilidad* o aprehensibilidad por la inteligencia.

El *ser*, pues, es inteligible en la exacta medida en que es, y lo es en la medida de su *inmaterialidad* o liberación del no-ser de la materia, o de su acto: *ens et verum convertuntur*. Por eso, el objeto de la Metafísica, el *ser en cuanto ser*, es enteramente inteligible, porque es enteramente inmaterial —al menos por abstracción— y, por ende y correlativamente, sólo aprehensible por vía intelectual. La Metafísica es, pues, una empresa que únicamente puede llevarse a cabo en un plano enteramente inteligible y por vía de inteligencia, porque su objeto, —el *ser en cuanto ser*— únicamente puede revelarse por abstracción o liberación de todo *no-ser* o materia, por y en la *inmaterialidad total*, porque sólo en ella logra el *ser* su total *develación* o inteligibilidad. En síntesis, que si el objeto de la Metafísica es en-

teramente inmaterial, también el sujeto que lo aprehende no puede ser sino el espíritu enteramente inmaterial, en función aprehensiva, es decir, la *inteligencia*.

El orden esencial del ser se constituye como participación necesaria del Ser o Existencia divina, integrándose de este modo la Ontología en una Teodicea.

13. — Sin embargo, conviene precisar este objeto de la Metafísica en Santo Tomás, porque si el *ser* no alcanza su plena inteligibilidad sino en cuanto logra despojarse de todo lo que *no es* o, en otros términos, de su materia y en cuanto alcanza así su entera *inmaterialidad* o *acto*; y si, por otra parte, la existencia está esencialmente vinculada a lo individual, desde que el universal —*unum in multis*— *a parte rei* es contradictorio; y si, finalmente, la individuación dentro de la misma especie —tal como vemos acontece en los seres corpóreos— no se realiza sino por la coartación de la forma o acto esencial por la materia: síguese lógicamente que el *ser* inmediatamente dado a la inteligencia —y *a fortiori* dado en la Metafísica, que se logra por nuevos procesos de abstracción a partir de aquél— es la *esencia universal* o abstracta de su existencia individual concreta; al menos en lo que el *ser* explícitamente dice, porque por su noción misma implícitamente incluye todos los caracteres, aun los más individuales y concretos. El objeto de la Metafísica, no es, directa e inicialmente el *ser* como participio o en su acto de existir, no es la *existencia* sino el *ser* como nombre o como *esencia*.

Pero esto no quiere decir que el *ser* aprehendido en la Metafísica no incluya y se dirija, como a su término definitivo y meta suprema, a la existencia. En efecto, la *esencia* no es sino aquello por lo que un existente —en acto o en potencia— es lo que es, es esto o aquello. En una palabra, la *esencia* no es sino un determinado *modo de existir*. Pero *ser* o *existir* —en acto o en potencia— como esto aquello, el *ser* un modo determinado de existir, no tiene sentido sin la *existencia*. Esta y, en última instancia, la pura y real *Existencia* —*Dios*—, fundamenta y constituye las *esencias* como otros tantos modos finitos necesarios de participabilidad *ad extra*. Por el mero hecho de *ser* o *existir*, la *Existencia* a se fundamenta necesariamente todos los infinitos *modos finitos* de *ser* o *existir*, las *infinitas esencias finitas*. E inversamente, sin la real e infinita *Existencia* de *Dios* las *esencias* perderían todo sentido, dejarían de *ser*, y nada habría ni posible ni imposible. De aquí que el hecho mismo de la *posibilidad*, inmutabilidad y necesidad de las *esencias* implique e incluso constituya un argumento para llegar hasta la *Esencia* que es la pura *Existencia*, a la *Existencia* de *Dios*.

De ahí que si el objeto formal de la Ontología sea el ser como nombre, es decir, directamente aprehendido desde la *esencia*, tal objeto implique a la vez la Existencia y, en última instancia, se dirija como a su meta definitiva y se sostenga en la pura e infinita *Existencia*.

Pero hay más. La existencia real de los seres existentes es también objeto que a la Metafísica toca esclarecer en sí y en sus causas. Para explicar el hecho de la *existencia de las esencias*, que, siendo de sí contingentes o indiferentes para existir, sin embargo existen y en la medida finita de sus notas constitutivas, es preciso que exista una Esencia que sea su *Existencia*, una pura Existencia, por participación causal de la cual —en el orden de la causalidad eficiente, final y ejemplar— hayan alcanzado el acto de existir aquellas esencias.

También el hecho de la existencia finita se explica como participación de la Existencia de Dios, con cuyo conocimiento se logra una visión integradora de la Metafísica.

14. — Y porque en verdad una vez alcanzado el concepto de *ser* —esencia o modo capaz de existir— a partir del ser real material dado en la intuición sensible, apoyándose, no ya en la esencia de este ser material, sino en su existencia finita y contingente y en la del propio sujeto cognoscente, después de descifrar la esencia de estos seres —de los seres puramente materiales, vivientes y sensitivos del *mundo*, y material-viviente-sensitivo y espiritual-intelectivo-volitivo del *hombre*, en la filosofía natural y psicología— desarrollando las exigencias ontológicas implicadas en el *hecho contingente* de tal *existencia real* —que rebasa todas las notas y propiedades de la esencia—, la Metafísica llegará a probar la *Existencia del Ser cuya Esencia es Existencia*, la *Existencia a se* y divina y a aprehenderla en la luz inteligible de su objeto formal: el *ser cuanto ser*. En efecto, en posesión intencional o inmaterial del *ser* —esencia y existencia— de las cosas del mundo y del propio hombre, la inteligencia descubre la *finitud* y *contingencia* de esos seres, provenientes de la *distinción real* de su esencia y existencia: las cosas del mundo y el propio hombre *no son* sino que *tienen* existencia, y la tienen *no necesaria* sino *contingentemente*, es decir, sin ninguna exigencia de su esencia, indiferente para tenerla o no; y *finitamente*, es decir, en la medida de la determinación de las notas esenciales: la *existencia* es *acto realizante* de una determinada —de ésta o aquélla— *esencia*.

Ahora bien, el *hecho* de la *existencia* de tales seres, no puede explicarse por sola la esencia de las cosas del mundo o del propio hombre, que de sí es indiferente ni exige tal *existencia*, sino que la tiene gratuita o *contingentemente* recibida de otro ser trascendente, que les comunica la exis-

tencia que él ya tiene en acto y, en definitiva —puesto que un recurso a otro ser existente hasta el infinito o *sine fine*, sin llegar nunca al primero, existente por sí, llevaría la negación del hecho mismo de la existencia de los seres del mundo y del propio ser del hombre, dado en nuestra experiencia— al *ser* que tenga de sí o por propia esencia la existencia, que existe *a se*, es decir, que sea *la misma Existencia*: a Dios. Tal Ser es, por su concepto mismo, infinito, omniperfecto y personal.

Se logra así una visión metafísica del *ser*, dentro de la cual el *ser* del mundo y del hombre es un *ser participado*, un ser que *no es*, sino que contingente y finitamente —en la medida de su esencia— *tiene* o *participa* de la *Existencia*. Y aun dentro de su *esencia*, el hombre no es puro acto o forma, pura substancia espiritual, sino *forma* o *alma* espiritual *unida substancialmente a la materia*. El *ser del hombre* —y también el del mundo— queda así encuadrado dentro del *ser total*, alcanza esclarecimiento en sí mismo y en sus causas trascendentes a él, dentro de una visión integradora y unitaria del *ser total*. La *Ontología fundamental* y la *Antropología* quedan así integradas en una auténtica *Metafísica*: en una *Ontología*, que culmina y encuentra su última instancia y razón ontológica en una *Teología natural* o *Teodicea*.

Ambito total y partes de la Metafísica: Ontología General, Ontología del ser finito, Teodicea y Gnoseología.

15. — De este modo, a partir del primer objeto de nuestra inteligencia: el ser de las cosas materiales intuitivamente dadas en nuestra experiencia sensible en su existencia concreta junto con nuestro propio ser existente de sujeto cognoscente, el Tomismo no sólo alcanza el objeto de la Metafísica en la inteligibilidad de la inmaterialidad total, lograda por un triple y sucesivo esfuerzo de abstracción de la materia —individual, sensible universal e inteligible—, sino que, una vez en su posesión, mediante un raciocinio, que parte del *hecho* de la *existencia* de aquellos seres materiales, inmediatamente dados en la intuición sensible, y de nuestro propio ser, dado en la conciencia, en la cima de su tensión llega a la *Existencia* misma de Dios, como a la Causa primera de donde procede todo *ser*: de donde procede por *participación necesaria* el *orden esencial*, constituyéndose así el mundo inmutable de las *esencias* —objeto propio de la Metafísica—, y por *participación creadora libre y contingente* el *orden existencial*, comienza a ser el mundo cambiante de las *existencias finitas y contingentes*; y adonde todo ser finito se dirige y debe retornar como a su Causa final última o Bien Supremo. La *Ontología* o Filosofía del ser en cuanto ser se extiende y complementa así con las demás partes de la Metafísica: con la *Teodicea*, con el

estudio de la Causa divina: el Ser o Existencia pura, y con el de sus realizaciones creadas en la *Ontología del ser finito*; para terminar en la reflexión crítica o valorativa de este conocimiento del ser de la Metafísica, es decir, en la *Gnoseología o Crítica fundamental*. Con la *Ontología general*, *Teodicea*, *Ontología del ser finito* y *Gnoseología* se constituye esta única Ciencia suprema, esta *Sabiduría que es la Metafísica*.

Partiendo de la experiencia sensible, externa e interna —único contacto inmediato con la realidad existente y fuente originaria por donde, sin ser aprehendido en su formalidad propia, entra *oculto y como en silencio el ser en el hombre*— y refiriéndose y apoyándose constantemente en ella, por un proceso de inmaterialización abstractiva de la materia, la inteligencia se posesiona de su objeto, el ser formalmente tal y, ya en un plano enteramente *inteligible*, realiza su obra estrictamente *metafísica*; descifrando primeramente, el contenido real de esta noción inteligible suprema con sus propiedades trascendentales —*Ontología general*— y de la existencia que la realiza en su multiplicidad y diversidad esencial y en los principios y causas que dan razón de ella —*Ontología del ser finito*— para alcanzar, en definitiva, la suprema Causa eficiente primera y final última, la *Existencia a se*, razón ontológica suprema —*necesaria y libre*, respectivamente— de toda *esencia y existencia* —*Teodicea*—, y terminar con la reflexión crítica sobre esta *Sabiduría metafísica*, que la discrimine y la justifique en su justo valor ontológico —*Gnoseología*—.

Fundamentación metafísica de la actividad moral.

16. — Y una vez que la inteligencia, desde la esencia de las cosas materiales, inmediatamente dadas a su visión, ha conquistado todo el ámbito del ser —*esencia y existencia*— del mundo, del hombre y de Dios, todo el ámbito de la *Metafísica*; desde la esencia del hombre y desde su dinamismo espiritual y desde su correlativo Fin o Bien trascendente divino y de sus exigencias ontológicas sobre la actividad de aquél, descubre también y configura el camino y formula las normas de perfeccionamiento humano de la *Moral* individual y social —familiar y política—, del *Arte* y de la *Técnica*, en una palabra, de la *Cultura* y del *Humanismo*.

Visión filosófica o natural total del ser y del deber ser —*teorética y práctica*—, que luego es divinamente acabada por una integración en una visión *teológica o sobrenatural* del ser y *deber ser* del hombre, no ya como hombre sino como *hijo de Dios*, redimido por Cristo e incorporado a El por la participación de la *Vida de Dios*, que es la *gracia*.

Contraposición de la investigación metafísica del neo-empirismo existencialista, destructivo y nihilista de Heidegger, y del intelectualismo realista, constructivo y ontológico de Santo Tomás.

17. — A causa de su posición metodológica de querer aprehender el ser existente concreto por una intuición irracional, la investigación heideggeriana no alcanza el verdadero objeto de la Metafísica —por no lograr su visibilidad inteligible, la *inmaterialidad* total que sólo la abstracción intelectual de toda materia puede proporcionar— queda encerrada, por eso mismo, en una inmanencia existencial *vacía de toda esencia*, y, en definitiva, diluída en la *nada*, sin posibilidad de acceso al *ser* y, consiguientemente, al *mundo*, al *yo* y *Dios* y, por ende, sin posibilidad alguna de acceso al auténtico *deber ser moral, cultural y humanístico*.

La investigación tomista, por el contrario, centrada en el objeto formal propio de la inteligencia, la *esencia* constitutiva del ser de las cosas materiales, logra alcanzar, desde este *ser material*, el objeto propio de la Ontología —*el ser en cuanto ser*— y abrirse al *ser inmanente* del propio *hombre* y *trascendente* del *mundo* y de *Dios*, para conquistar todo el ámbito del *ser* de la Metafísica, y desde éste también el del *deber-ser* de la Moral, del Arte y de la Técnica, e integrar de este modo el *ser finito* y contingente del *hombre* —en su esencia y existencia— dentro de una visión comprensiva de *todo el ser*: logra, en una palabra, una *Ontología fundamental* dentro de una *Ontología general*, integrada a su vez en una *Ontología del ser finito* y en una *Teodicea* y desdoblada reflexivamente en una *Gnoseología*, en síntesis, dentro de una *Metafísica* como *Sabiduría integradora de todo el ser* y fundante, de una manera ontológica absoluta, el orden *moral-cultural-humanístico* del *deber-ser*.

III

Principios de solución del problema del objeto, del método y del sentido y alcance de la Metafísica.

18. — Si quisiéramos sintetizar desde su raíz los principios de solución del problema planteado del *objeto* y del *método* de la Metafísica —a propósito del sentido de la misma en Heidegger y Santo Tomás— llegaríamos a las siguientes conclusiones:

1) Desde que la materia es el principio de la indeterminación y limitación del ser, su *no ser*, el objeto de la Metafísica, el *ser en cuanto ser*, no puede ser sino enteramente *inmaterial* y, por consiguiente, inaprehensible en cuanto tal por vía empírico-sensible.

2) Tampoco puede ser captado por una intuición espiritual, de la que el hombre carece, de acuerdo a su ser, que no es puro espíritu, sino compuesto de forma espiritual y materia.

3) La inteligencia es quien tiene como objeto formal el ser como tal, que es *inmaterial*; y, por consiguiente, ella misma, como su objeto formal, debe ser totalmente inmaterial o *espiritual*. Por eso, si el hecho de tener como objeto formal propio al ser *inmaterial* prueba la *espiritualidad* de la inteligencia, en el orden real o metafísico es la *inmaterialidad total* del intelecto quien hace posible la aprehensión del ser en su formalidad propia.

Pero de acuerdo a su ser de inteligencia y alma espiritual intelectual, pero unida substancialmente a la materia, este objeto enteramente inmaterial, que es el ser, no lo encuentra ella directa e inmediatamente, por intuición de los seres espirituales, sino, a través de la intuición sensible —única intuición que posee el hombre para ponerse en contacto con lo real concreto existente— y, consiguientemente, en los seres materiales.

4) Pero como la materia o principio material de estos seres corpóreos es el principio de limitación del ser, que sumerge su acto inteligible en los senos oscuros infrainteligibles de su *no-ser* potencial, para llegar a aprehender el ser *en acto* de estos seres materiales, la inteligencia necesita hacerlos previamente *inteligibles en acto*, y para ello ha de *abstraer* o liberar su *forma* o acto esencial de sus *notas materiales*. Esto hace que el ser *primo et per se* aprehendido por la inteligencia humana sea el ser *inmaterial de las cosas materiales*: la forma o acto esencial abstracto de sus notas materiales individuantes existenciales, la *esencia abstracta* o *universal*. Sólo empobreciendo y despojando a la realidad material concreta de sus notas materiales individuantes, el ser *material*, la forma de los seres materiales, se hace inteligible en acto, se *de-vela* o *des-cubre* en su realidad íntima de ser ante la inteligencia.

5) Una vez en posesión de ese ser o *esencia inmaterial de las cosas inmateriales*, por prescindencia o abstracción formal de toda materia sensible e inteligible o cuantitativa, desde él la inteligencia alcanza el objeto de la Metafísica: *el ser en cuanto ser*, el ser inmaterial, con el cual puede significar todo ser, aun el de los seres *enteramente espirituales* y al mismo Acto o *Existencia pura* de Dios, y comprender así todo el ámbito de la Metafísica.

Y una vez munido de este concepto con qué poder aprehender los seres *espirituales*, a partir del modo inmaterial de nuestro conocimiento y apetencia libre, la inteligencia llega a descubrir el principio primero o substancial de la propia *alma espiritual*; y desde la *existencia* de los seres circundantes del mundo y del propio ser *subjetivo* llega con toda seguridad hasta la aprehensión de la *Existencia* a se o de Dios, cuya Esencia también

de-vela, bien que sólo de un modo imperfecto por *analogía*, por negación de la imperfección y por eminencia de la perfección de las nociones o conceptos inicialmente tomadas de los seres materiales.

6) Mas semejante condición carnal de la inteligencia humana es precisamente quien le impone a ella la obra *estrictamente metafísica* para llegar a aprehender su objeto propio, el *ser en sí* inmaterial; el tener que hacerlo, no por intuición de los seres espirituales o enteramente inmateriales —como acaece en la Inteligencia divina y angélica— sino por *abstracción de la materia* de los seres materiales.

7) De aquí el dilema que ha estructurado las dos partes primeras de este trabajo:

a) o se pretende la *aprehensión intuitiva del ser del hombre* —y, en general, del *ser material*— y en tal caso no es posible llegar al *ser formalmente tal*: 1) *de parte del objeto*, porque la materia lo sumerge en su no-ser potencial, impidiendo su *cognoscibilidad en acto de ser en cuanto ser*; y 2) *de parte del sujeto*, porque tal intuición pertenece también a un compuesto substancial de espíritu y materia y no a un espíritu puro, como sería necesario para la aprehensión directa del ser totalmente inmaterial; y, por *ambas causas, objetiva y subjetiva*, queda cerrado en acceso al plano *enteramente inmaterial o inteligible de la Metafísica*;

b) o se acepta el acceso al *ser formalmente tal* por la única vía de aprehensión espiritual del hombre, que es la *inteligencia encarnada*; pero tal aprehensión sólo se puede lograr por el camino de la *abstracción intelectual* de las notas materiales individuantes de los *seres materiales*, intuitivamente dado en la sensación interior y exterior.

8) Como esfuerzo de conquista del ser en sí en todo su ámbito de esencia y existencia, a partir de los seres ontológicamente más pobres y en el grado ínfimo de ser, que son los seres materiales, por el penoso camino de la abstracción de la materia, la *Metafísica* es el *camino peculiar* de indagación del *ser*, que impone al hombre su condición de *espíritu encarnado*, de inteligencia de un alma espiritual, unida y sometida a las exigencias de *la manera angelista de intuición del propio ser espiritual*, no intrínsecamente o en la esencia de su acto enteramente independiente de la materia, pero sí en razón de su objeto, sólo dado y asible en la intuición de los sentidos materiales.

Todos los intentos de Metafísica intuitiva: a) sea a la *manera panteísta de intuición del Acto puro*, ya en forma realista —Spinoza—, ya en forma idealista trascendental —Fichte, Schelling, Hegel, Croce—; b) sea a la *manera angelista de intuición del propio ser espiritual*, ya en un mundo de ideas espirituales trascendentes —Platón—, ya en el seno de la propia alma o pensamientos —Descartes—; c) sea a la *manera empirista-sensista y*

positivista —Locke, Berkeley, Hume y Comte—; d) sea a la *manera empirista-vitalista* —Bergson— o *empirista-irracionalista del existencialismo* —Heidegger y Sartre—: están destinadas irremisiblemente al fracaso, fundadas como se hallan en un *desconocimiento de la vida espiritual propia del hombre* y de su connatural modo de acceso y aprehensión del ser, que no es sino el de la inteligencia a partir de los datos de la intuición empírica y por abstracción de su elemento estrictamente ontológico o inmaterial de sus notas de no-ser de la materia.

OCTAVIO NICOLAS DERISI